

fuegos sobre la columna francesa que avanzaba impo-
nente, pero sin detenerla, porque la cubrían los acci-
dentes del terreno.

Cuatro columnas de mil hombres cada una subían
por la falda del cerro, cuando salieron á contener á la
primera los batallones de Tetela y Zacapoxtla; pero
después de un reñido combate, los mexicanos retroce-
dieron á su línea por haber aparecido todo el grueso
de la fuerza al borde de la colina, cargando especial-
mente las columnas que habían cruzado por Rentería,
en el espacio que encumbra entre Loreto y Guada-
lupe.

Los franceses avanzaban con ese valor sereno y
arreatado que les había dado un inmortal renombre;
pero al ponerse á descubierto vacilaron un momento
ante la metralla; se precipitaron sin embargo hacia
adelante, cuando Berriozábal y Negrete mandaron
poner en pie la infantería que hasta entonces había
permanecido oculta, tendida en el suelo, y que reci-
bió á la columna francesa con un fuego vivísimo,
y á la vez los batallones de Toluca y Veracruz, cam-
biando su frente sobre la derecha flanquearon á los
franceses, que no pudiendo resistir por largo tiempo,
retrocedieron.

La caballería y parte de la infantería avanzaron
mucho más aún hasta arrojar del cerro á la columna
francesa enteramente dispersa, y que huía en una con-
fusión espantosa.

Laurencez, asombrado con aquella resistencia
que no aguardaba, al ver la derrota de la columna,
destacó rápidamente otra en su apoyo: la primera pu-
do entonces organizarse de nuevo, marchando sobre
el fuerte de Guadalupe y la capilla de la Resurrección
que Zaragoza había reforzado con el batallón de Za-
padores.

El General en Jefe del ejército francés creyó en-
tonces que debía llamar la atención por otro punto,
y desprendió dos columnas, apoyadas por dos escua-
drones de caballería sobre la Garita del Peaje, para
atacar el punto de la Ladrillera, donde se encontraba
el General Díaz con la división de Oaxaca: veámoslo
que pasó en ambos combates.

La columna francesa mucho más numerosa que la
que dió el primer asalto, y excitada por vindicar su
derrota, ascendió al cerro con un impulso irresistible,
llegando los zuavos á tocar los parapetos; pero nuestra
artillería, perfectamente servida, hacía un fuego ince-
sante y certero sobre los asaltantes, á la vez que los
batallones de Toluca, Tetela, Zacapoxtla y Veracruz,
que combatían fuera de las trincheras, resistían por el
trente á los franceses y los atacaban por los flancos.

El combate fué terrible, sangriento, y hubo mo-
mentos en que combatieron confundidos, á la bayone-
ta, mexicanos y franceses envueltos en una nube de
humo, en medio de una gritaría horrible y salvaje.

En aquellos instantes una nube negra, inmensa,
cruzada de relámpagos y preñada de rayos, cubrió el
horizonte y una lluvia torrencial cayó sobre el cam-
po: eran las cuatro y media de la tarde, y cuatro ho-
ras había durado aquella batalla.

Entre tanto se daba otro ataque rudo y vigoroso
sobre el punto ocupado por el General Díaz, que era
él sólo que hasta entonces había conservado inmóvil
su posición.

Las columnas francesas, con un orden admirable
marcharon paralelamente á los dos lados del camino
sobre los campos sembrados, y precedidos de una nu-
be de tiradores, que hacían un fuego nutridísimo y
certero sobre los tiradores mexicanos, que se replega-
ron violentamente: entonces pudo obrar nuestra arti-
llería con algún efecto sobre la columna, pero sin lo-
grar detener su marcha.

Hasta entonces los riferos de San Luis habían
sostenido los fuegos, teniendo que reorganizarse de
nuevo, ayudados por el batallón de Guerrero que em-
prendió un ataque sobre el flanco derecho de la colum-
na derecha francesa. Pero ese batallón fué recibido
con una fusilería terrible, emprendiéndose un comba-
te muy reñido.

La situación era tanto más grave cuanto que el
Teniente Coronel Mariano Jiménez, que mandaba el
batallón de Guerrero, había avanzado demasiado, y
aquella infantería seriamente comprometida iba á ser
envuelta.

Entonces avanzó el General Porfirio Díaz con los
batallones 1.º de Oaxaca al mando del Teniente Co-
ronel Espinosa, el 2.º al mando del Teniente Coro-
nel Loaeza, y cien hombres del Batallón Independen-
cia mandados por el Teniente Coronel Pedro Galle-
gos y dos cañones de batalla. El joven soldado quería
no sólo apoyar al batallón de Guerrero, sino tomar
una iniciativa enérgica para detener la marcha de las
columnas francesas que, si vencían, se encontraban
dentro de la ciudad.

Los cuerpos de Oaxaca, con Porfirio á su cabeza
y formando una sola columna, se lanzaron sobre el
enemigo á paso de carga con tal impulso, que los fran-
ceses, después de haber hecho una resistencia sobre-
humana, vacilaron y retrocedieron, aprovechando en
su retirada las sinuosidades del terreno para cubrirse.

Pero el General Díaz siguió adelante, desalojan-
do á los franceses que huyeron al fin á sus posiciones.

En aquellos momentos las columnas francesas que
habían intentado un tercer ataque sobre el Fortín de
Guadalupe eran arrojados del cerro, descendiendo en
una fuga vergonzosa.

El turbión que por algún tiempo nubló el espa-
cio se alejó, cesando la tempestad y apareciendo ra-
diante el astro que en los anales de la historia patria
iba á denominar el Sol de Mayo.

Más no conforme el General Díaz con aquel triunfo quiso intentar perseguir á los franceses hasta su campamento: ordenó á su reserva, formada por el Batallón Morelos, que á las órdenes del Teniente Coronel Rafael Ballesteros y con dos piezas de artillería, apoyase su izquierda, en tanto que por su derecha lanzó á los Rifleros con los escuadrones de Toluca y de Oaxaca: con este doble movimiento acabó de consumarse la derrota de los franceses.

Zaragoza que seguía con ansiedad el ataque tan brillante de Porfirio, dió á éste repetidas órdenes para que hiciera alto: el caudillo oaxaqueño tuvo entonces que obedecer, conteniendo apenas el ardor de sus soldados y quedando más allá del sitio del combate y teniendo al frente al enemigo en un completo desorden á setecientos metros.

Hé aquí la páida relación de esa espléndida victoria del Cinco de Mayo, que salvó á la República, revelando la fuerza de un pueblo, y dando á éste un respiro para prepararse á nuevas luchas.

La Francia imperial que había creído conquistar á México con seis mil hombres, retrocedió asombrada ante la derrota de éstos, comprendió que frente á sus huestes invasoras se había puesto en pie algo más que un partido, una Nación, y durante muchos meses no intentó nuevas empresas, acopiando sólo muchos y poderosos elementos de guerra para enviar un refuerzo de cuarenta y cinco mil hombres á sus soldados encastillados tras las fortificaciones de Orizaba, adonde se retiraron después del desastre que sufrieron en Puebla.

Nuestro pequeño Ejército, que había continuado persiguiendo al ejército francés, á pesar de la superioridad de éste, hasta las goteras de Orizaba, acampó frente á ésta ciudad en espera de la División de González Ortega que debía unirse muy pronto.

A las nueve un cañonazo disparado en el fuerte de Guadalupe anunció que el enemigo estaba frente á las puertas de la ciudad.

Entonces ocupó los cerros de Amalucan y de las Navajas, fortificándose en el acto para apoyar sus movimientos.

A las once prolongó su línea por la derecha colocándose frente á los fuertes de Guadalupe y Loreto, deteniéndose la columna en la hacienda de la Manzaniilla.

De sus campamentos se desprendieron en la tarde tres columnas con tiradores á su frente, con dirección al fuerte de Guadalupe, haciendo alto al pie del cerro.

Entre tanto nuestra artillería permaneció en silencio, para que el enemigo no pudiera medir el alcance de nuestras piezas, y la plaza continuaba tran-

quilamente sus obras de zapa, teniendo las tropas su armamento en pabellones.

Al siguiente día, 17, apareció el Ejército del Centro por las lomas Uranga, pronto á envolver al enemigo por sus flancos, si éste intentaba un ataque serio sobre los fuertes de Guadalupe y Loreto.

En los tres siguientes días los franceses continuaron sus movimientos de circunvalación, ocupando primero el camino de México, cortando allí el hilo telegráfico de Puebla á la Capital, y tomando después el cerro de San Juan, donde más tarde estableció Forey su cuartel general, y un verdadero campamento para su servicio militar.

Cinco días trascurrieron en estos movimientos, sin que ocurrieran más que algunas escaramuzas entre las avanzadas de ambos ejércitos.

Por fin el día 22 comenzaron las hostilidades de una manera formal sobre algunos puntos de la primera línea fortificada de la ciudad, especialmente sobre los fuertes de San Javier y el Parral que sufrieron un fuerte cañoneo. Pero ninguna ventaja obtuvieron los sitiadores, al contrario, los puntos avanzados que intentaron ocupar, tuvieron que abandonarlos, arrojados por nuestras fuerzas y sufriendo muchas pérdidas.

Los franceses habían abierto ya sus paralelas y á su abrigo se prepararon el día 25 á dar un asalto á la plaza.

El 26 en la noche rompieron los franceses sus fuegos formando fuertes columnas como si fueran á dar un asalto: la plaza contestó en el acto y la guarnición se puso sobre las armas para rechazar al enemigo.

Toda la noche y el siguiente día continuó vivísimo el fuego de cañón, cayendo infinidad de bombas sobre la ciudad y quedando destruido el fuerte de San Javier.

Por fin á las ocho y media de la noche se desprendieron de las paralelas las columnas de ataque, lanzándose al asalto con todo el brío que le es natural al soldado francés.

Pero éste encontró á su frente un adversario digno que lo recibió con un fuego vivísimo de fusilería. Defendían el fuerte de San Javier los batallones 2º y 6º de Guanajuato, á la vez que fuera de la fortificación flanqueaban á los franceses por la derecha el batallón de rifleros y por la izquierda los batallones 3º, 4º y 5º de Zacatecas.

Desde en la tarde, y previendo el ataque, el General en Jefe había situado en campo raso cuatro baterías de la reserva general que batieron los dos flancos del enemigo.

El combate fué reñidísimo y sangriento, luchando cuerpo á cuerpo los combatientes sobre los reducidos, pero en una hora los franceses fueron completa-

mente derrotados, destruidas sus columnas y retirándose los restos de ellas en completa dispersión. Estos sucesos tuvieron lugar en la noche del 26 de Marzo de 1863.

El día 28 á la una y media de la mañana dieron otro asalto los franceses llegando sus columnas hasta el foso del mismo fuerte; pero de nuevo fueron rechazados, debiéndose tener en cuenta que las cortinas y baluartes de San Javier estaban completamente destruidas.

Al terminar el mes, el General González Ortega, después de oír la opinión pericial de sus ingenieros, mandó desartillar el fuerte de San Javier, sacar de él las municiones de guerra y abandonarlo como tal fuerte, puesto que estaban sus baluartes y murallas convertidas en ruinas y cegados los fosos con los escombros.

Sin embargo, se quiso disputar por última vez al invasor aquel punto para demostrarle que los mexicanos estaban resueltos á defender palmo á palmo el suelo patrio.

A las tres y media de la tarde del día 30 de Marzo, rompió de nuevo el enemigo sus fuegos de artillería sobre la Penitenciaría, que servía de base al fuerte de San Javier, y á las cuatro lanzó sobre aquel punto gruesas columnas que se desprendieron de las paralelas audazmente abiertas á cuarenta varas del fuerte.

Dos batallones, uno de Guanajuato y otro de Morelia, resistieron al asalto en el patio de la Penitenciaría; pero pronto fueron auxiliados por alguna fuerza de los puntos inmediatos y de las reservas, consiguiéndose hacer sufrir fuertes pérdidas al enemigo y que éste se resguardara en sus paralelas y en el centro del edificio de la Penitenciaría.

Y sin embargo de la pérdida del fuerte, á pesar de que los franceses hicieron fuego durante treinta y dos horas sobre nuestra línea y de haber intentado ocupar las avanzadas situadas á la retaguardia del fuerte, conseguimos conservar éstas.

En los siguientes días á la ocupación del fuerte de San Javier los franceses se limitaron á batir con la artillería situada en sus paralelas y con un continuo fuego de rifle los reducidos de Morelos y las manzanas situadas á la retaguardia del edificio.

La división de Negrete que defendía aquellos puntos peligrosísimos, por estar batidos incesantemente por el enemigo, había sufrido muchísimo, por lo cual el General en Jefe mandó relevarla la noche del 31 de Marzo, con la reserva de la primera División que mandaba Berriozábal.

En el acto fué ejecutada la orden, y á la una de la noche se presentó el General Porfirio Díaz al frente de la fuerza que mandaba, recibiendo los reducidos y edificios que deseaba defender González Ortega,

indicándole éste los puntos donde la defensa sólo debía ser provisional y débil, y en los que se debían conservar á todo trance hasta que quedara la fuerza muerta ó prisionera.

Pronto quedó establecida la segunda línea que debía sustituir la que se había perdido con el fuerte de San Javier; y en la cual tenían que resentirse con mayores desventajas los ataques de los franceses, por lo débil de la construcción de aquellos edificios.

Pero en aquella línea se encontraba el General Díaz y el General La Llave, que fué encargado de la defensa de la línea de la derecha.

En la noche del 2 de Abril los franceses rompieron sus fuegos sobre la línea de vanguardia de San Agustín, logrando á las ocho y media abrir con su poderosa artillería una brecha en el cuartel de San Márcos, que ocupaba el General Díaz.

Al momento lanzó una gruesa columna que ocupó la mitad del cuartel, mientras que en la otra mitad quedaron los defensores del punto.

Allí tuvo lugar un combate reñidísimo, sangriento y casi cuerpo á cuerpo. Los mexicanos hicieron prodigios de valor, y Porfirio entre el humo y los escombros dirigió aquella admirable resistencia hecha en las sombras, iluminada sólo por el fuego de la fusilería y del cañón. A la media noche los franceses fueron arrojados del punto, dejando allí sus muertos y sus armas.

A las dos de la mañana el enemigo intentó un nuevo ataque por otro punto, por la manzana de la plazuela de San Agustín. Después de haber abierto la brecha lanzó por allí sus columnas, pero fué vigorosamente recibido por el 6º batallón de Jalisco y por el 4º batallón; el General Díaz acudió en el acto al lugar del peligro, emprendiéndose un combate tan encarnizado como el anterior. A las cinco de la mañana los franceses fueron rechazados, dejando en nuestro poder sus armas, sus muertos y sus heridos.

En la orden general de la plaza, del día 3 al día 4 de Abril, el General en Jefe mandó se hiciese una mención honorífica de los Jefes que alcanzaron tan brillantes triunfos y especialmente del Señor Porfirio Díaz que dirigió la defensa, dando ejemplo de valor y actividad.

Personalmente, y en efecto, y al frente de cincuenta hombres del 1º de Toluca, Porfirio, saltando el antepecho que cubría la manzana llamada de Cabcitas que asaltaban los franceses, resistió á los asaltantes hasta obligarlas á replegarse. Y cuando volvieron al asalto por el costado izquierdo del cuartel de San Márcos, logró rechazarlos de nuevo, después de un largo combate.

En premio de estas acciones de guerra, el Gobier-

no lo hizo General de Brigada efectivo, más tarde en 29 de Mayo de 1863.

Nos estenderíamos demasiado si narráramos todos los lances acaecidos durante el largo Sitio de Puebla: baste decir que el General Díaz presto servicios eminentísimos, distinguiéndose entre los héroes que tan alto levantaron el honor nacional. Pueden citarse especialmente los últimos combates que tuvieron lugar al concluir el mes de Abril, y en las cuales los franceses adquirieron la convicción de que por la fuerza jamás ocuparían la plaza.

El día 19 del citado mes asaltaron las manzanas ocupadas por Sánchez Román en los momentos en que accidentalmente se hallaba en aquel punto el General Porfirio Díaz, que había ido allí á visitar á los Jefes de la línea. Hay que tener en cuenta que sobre esta línea, encomendada al General Miguel Auza y que formaba parte de la que mandaba el General Berriozábal, día á día incesantemente había concentrado sus fuegos de cañón el sitiador, extendiendo sus tiros hasta el fuerte de Teotimchuacán.

Los franceses lograron al fin abrir por todas partes grandes brechas, que se cubrían con pelotones de nuestros soldados: además, las paralelas y trabajos de zapa por donde avanzaba el enemigo estaban á unos cuantos metros de la línea mexicana.

Poco después de las cuatro de la tarde del citado día 19 los zavaos se lanzaron sobre las brechas; allí los aguardaba Porfirio, quien después de combatir heroicamente, logró rechazarlos. Pero nuestros soldados, creyendo, desgraciadamente, derrotado por completo al enemigo, no se aprestaron á un nuevo combate: y los franceses, aprovechando la ocasión, hicieron de nuevo un rapidísimo empuje sobre las manzanas.

En vano Porfirio, que no se había alejado, defendió el punto no sólo con valor sino con desesperación; por mucho tiempo combatió envuelto entre el humo y el polvo de los derrumbes, teniendo que salir casi asfixiado de entre los escombros: al fin se vió obligado á abandonar aquellas manzanas después de haber perdido trescientos hombres entre muertos y heridos, y una pieza de montaña que quedó enterrada bajo el techo de una casa.

Cada manzana formaba una especie de ciudadela que sólo de cerca podían atacar los franceses, y que les costaba enormes pérdidas: luego que el cañón había abierto brecha en la pared exterior de las casas, el enemigo se lanzaba por la abertura; pero allí se estrellaba en las trincheras levantadas en los patios recibiendo un fuego mortífero por las troneras practicadas en las paredes interiores. Y conquistada por el sitiador una posición, ocupando muchas veces sólo ruinas, tenía que comenzar aquella misma operación sobre la manzana siguiente.

En esta lucha incesante durante el día y la noche,

sin respiro y sin cuartel, el General Díaz se hizo notar por su valor, su audacia y sangre fría, y esto cuando todos los defensores de la plaza, como Auza, Llave y los Jefes inferiores daban pruebas brillantes de heroísmo.

Esta admirable resistencia y las pérdidas sufridas por el ejército francés en la toma de San Marcos y en el ataque del convento de Santa Inés, obligaron á Forey á desistir del plan que había adoptado de ir ocupando la ciudad manzana por manzana, resolviendo esperar á rendir la guarnición tras un largo asedio, y cuando faltaran víveres y municiones.

Por fin la derrota sufrida por el Ejército del Centro en San Lorenzo el día 8 de Mayo decidió la suerte de la plaza sitiada, que no podía ya ser socorrida.

El 17 de Mayo á las cuatro de la mañana, dirigió González Ortega una carta á Forey, en la que le comunicaba que no pudiendo defender por más tiempo la plaza, en virtud de carecer absolutamente de municiones y víveres, disolvía el ejército de su mando, destruyendo sus armas y su artillería.

Le participaba por tanto, que podía ocupar la ciudad, dictando, si lo creía conveniente, las medidas necesarias para evitar las desgracias que pudieran ocurrir con una ocupación violenta, y por último, que el mismo General en Jefe y los Generales y Oficiales del Ejército mexicano, reunidos en el Palacio del Gobierno, se constituían prisioneros.

La defensa de Puebla es uno de los timbres más gloriosos de nuestra historia, que ha recogido los nombres de aquellos héroes para legarlos á la posteridad.

El General en Jefe del ejército francés comenzaba á preocuparse seriamente de la actitud que guardaban los republicanos de Oaxaca, cuando gran parte del país estaba ocupado por los intervencionistas y parecía sometido. Y mientras organizaba la expedición que personalmente quería mandar, ordenó al General Brincourt, que operaba en Puebla, avanzara sobre la frontera de Oaxaca. Y así lo hizo Brincourt, marchando él mismo con una columna de dos mil hombres sobre Huajuapán de León, á la vez que otra columna mandada por el Coronel Giraud del 7.º de línea marchando por la Cañada, se dirigía sobre San Antonio Nanahuatipam.

El primer punto lo cubría el General Benavides con una Brigada de infantería y otra de caballería, y en Nanahuatipam estaba con un batallón el Coronel Espinosa.

Luego que el General Díaz tuvo noticia del avance del enemigo salió de Oaxaca, tomando al principio el rumbo de Huajuapán, para engañar á aquel; pero en Tejumam tomó rápidamente á la derecha para ata-

car por la retaguardia á los franceses que ocupaban la Cañada.

El General Díaz, precisó al Coronel Espinosa no sólo el día, sino hasta la hora en que debía mantener su posición, para apoyarlo en el momento en que atacara la retaguardia francesa. Pero el Coronel mexicano retrocedió antes de tiempo, lo que descompuso el plan de combate del General Díaz.

Este atacó sin embargo el campamento francés, desalojó al enemigo de la plaza, y hubiera obtenido una victoria completa, si las fuerzas de Espinosa en aquellos momentos hubieran atacado el frente.

Los franceses entonces pudieron rehacerse en el interior de la iglesia y rechazaron nuestra columna, que tuvo que retirarse violentamente hasta incorporarse con los restos de la de Espinosa.

Esta sangrienta y desastrosa jornada tuvo lugar el día 10 de Agosto de 1864 y costó más de dos mil hombres á la División del General Díaz, aumentando la desmoralización que comenzaba á cundir en nuestras fuerzas, al verse solas combatiendo en todo el país.

En esos días se separaron de aquel cuerpo de Ejército el General Mariano Escobedo, que mandaba la brigada de caballería, y el General Benavides.

Porfirio se replegó hasta el valle de Oaxaca, dejando únicamente de observación en Nochistlán el cuerpo de Lanceros de Oaxaca, á las órdenes de su hermano el General Félix Díaz.

La situación de los republicanos de Oaxaca era cada día más difícil, porque muchos de ellos se desmoralizaron con la certeza que tenían en su ánimo de que era imposible la resistencia cuando el país entero había sucumbido: y algunos de los defensores de la independencia deponían las armas y se retiraban á sus hogares fatigados de luchar sin elementos y agoviados con las derrotas que sufrían los restos de nuestro Ejército, cuando éste no podía combatir contra el francés tan perfectamente armado, municionado y disciplinado.

En tanto la defección, partiendo de las esferas más altas del poder, había cundido desde algunos funcionarios hasta Jefes de alta graduación en el Ejército.

Un Ministro del Señor Juárez, Núñez, había desertado de su puesto, sometiéndose al enemigo. Y Uruga, después de haber celebrado arreglos con el invasor, se pasaba al imperio con armas y bagajes.

Y sin la enérgica lealtad del General Arteaga y de la Oficialidad del Ejército del Centro, Uruga habría arrastrado á la mayor parte de éste en su propia traición.

A una de caballo escapó Uruga del campo republicano en los momentos en que el General Arteaga

iba á reducirlo á prisión para pasarlo por las armas: y después de haberse salvado de los destacamentos que lo perseguían, llegó por fin á la capital á someterse al imperio.

Desde allí se permitió querer seducir al héroe de Oriente, al General Porfirio Díaz, enviándole con un comisionado, el Coronel Alvarez, una carta confidencial, en la cual la invitaba á que reconociese al imperio fabricado en México por la intervención armada de Napoleón III.

Uruga, después de hacer injustos cargos al Ejército del Centro de donde había desertado, ofrecía al General Díaz que el imperio promulgaría las mismas leyes de Reforma que había dado el Señor Juárez, y le prometía que el mismo General Díaz conservaría el Gobierno del Estado y toda la línea que mandaba, sin que se le enviara un sólo extranjero.

El General Díaz, profundamente indignado por el insulto que se le infería, rechazó enérgicamente aquellas propuestas, y contestó á Uruga que sólo por los respetos que debía á su antiguo Jefe y por la amistad que lo ligaba con éste y con Alvarez no sometía á éste á juicio, fusilándolo por traidor. Tal vez el General Díaz tuvo algo en cuenta el carácter de parlamentario que amparaba á Alvarez.

Porfirio además decía á Uruga en su contestación que jamás faltaría al juramento que había prestado de combatir por la libertad é independencia de la Patria, y que lo cumpliría sin vacilar, cualquiera que fuese la suerte que en la guerra le deparara la fortuna. Y terminaba agregando que pasaría por las armas sin vacilar, á cualquier otro que se encargase de llevarle otra misión igual.

El General Díaz cumplió sus promesas como bueno y no queriendo que por un momento siquiera se vacilase de su lealtad, al saberse que había recibido un comisionado de Uruga, dirigió con fecha 27 de Diciembre una circular á los Gobernadores y Comandantes militares de los Estados, participándoles los sucesos que acabamos de referir.

Y esta nota en la cual respiraban los nobles y levantados sentimientos de su autor, fué publicada en el Periódico Oficial del Estado.

Desde que se supo en México que el General Porfirio Díaz no entraba en avenimiento alguno con el Imperio, el ejército francés que iba á operar sobre Oaxaca fué reforzado y se ordenó que avanzara sobre el Valle, encargando la campaña al General de Artillería Courtois d'Hurbal, en tanto llegaba Bazaine.

El 18 de Diciembre de 1864 el General Félix Díaz sostuvo brillantemente un ataque que le dió la caballería francesa en la Hacienda de San Isidro. Pero ante la superioridad del enemigo tuvo que replegarse